

Mario Sancho, una lección vigente



León Pacheco

Vuelven los cartagos a recordar a Mario Sancho. Aún no han decidido si lo colocan a la derecha o a la izquierda de Nuestra Señora de los Angeles. Les interesa, eso sí, tener siempre presente a este recio espíritu que no ha logrado enfriar, a pesar de los años, la neblina pegajosa de su ciudad natal. Mario Sancho cumple en este mes aburrido de las lluvias 27 años de muerto, pero está más vivo que nunca. Su inteligencia aguda, su vasta experiencia humana, su contacto humanista con sus coterráneos, los de ahora y los de siempre, lo colocaron desde los días en que inició su beligerancia de crítico demoleedor, en la categoría casi inexistente de los costarricenses universales. Mario Sancho nunca aspiró a ser un tipo universal, sino un auténtico cartago, con el olvido de que entre más apagado es un individuo a su querencia más amplio es su horizonte humano. Goethe afirmaba que el genio está en la limitación. Más acá de lo que contemplaba sus ojos en su Mediodía nativo francés, el pintor Cézanne descubrió la luz donde los demás sólo habían sorprendido el engaño del color. Mario Sancho le dio universalidad a Cartago, esa ciudad de nombre fenicio pegada a la humedad de la tierra y a los berrinches del volcán Irazú. Si otras ciudades tienen su poeta, Cartago tuvo su prosista, quizás por aquello de que, lo cotidiano es la sal de la existencia.

Es difícil descifrar el secreto de una ciudad que se siente atraída por este espíritu demoleedor, irónico, antinómico, que escribió con una claridad suntuosa en un país cuyos silencios cómplices son su mejor lenguaje literario. Hay un arrepentimiento de la conciencia en este acercamiento a un individuo nacido de las más antiguas tradiciones de la más vieja ciudad costarricense. O tal vez un vicioso deseo de rascarse el alma en el alma lúcida de este escritor que no tuvo ningún empuje de pensar en voz alta, a pluma descubierta, en un país donde nadie piensa y que cuando lo hace, se cuida mucho de no descubierto el pensamiento ajeno sabiendo, por lo demás, que ese pensamiento no existe. El acto de pensar lo provocan las necesidades del hombre y en Costa Rica las necesidades escasean porque a los ticos todo se les suministra debidamente digerido. Es uno de los encantos de su estilo modoso de vegetar sin vivir. Es la esencia del analfabetismo de las ideas. Esto lo sabía Mario Sancho cuando tenía la audacia de enfrentarse a las realidades nacionales. Fue su drama y también su alegría, pues su temperamento era subjetivo y objetivo al mismo tiempo. Esto lo lle-

vó a no escribir una obra definitiva y disciplinada, él, que era el orden y la disciplina encarnados. Su pensamiento es fragmentario. Se desenvolvió en las asechanzas de una literatura circunstancial en la cual acomodó el bagaje de una cultura incesantemente renovada por lecturas sistemáticas, la apertura a las grandes corrientes ideológicas del mundo en que le tocó vivir y las pasiones frustradas de un espíritu enfermo de un escepticismo endémico, la peor de las enfermedades humanas.

Mario Sancho era un cartago feliz en su ciudad, de la cual protestaba todos los días con el señorío de un gran señor de las letras. Sus críticas no poseían un sentimiento destructivo sino la malicia de un cosquillo burlón. Conocía la vida y milagros de su pueblo y de sus gentes. Su placer consistía en exhibir ambas en sus comentarios de moralista que no cree en los milagros divinos y menos en los humanos. Amaba pasear por las calles de Cartago, sus parques y sus hermosos alrededores, con el pensamiento alerta, quizás aceptado por la misma melancolía con que Rousseau emprendía sus meditaciones de un paseante solitario por los bosques de Ermenonville. Su inteligencia poco romántica, de textura muy occidental, de raigambre anglosajona, sabía exprimirle el jugo esencial a uno de los paisajes más bellos de Costa Rica, el valle del Guarco, donde los hombres de la Conquista situaron la vieja ciudad con todo su provincialismo, con todas sus supersticiones burlonas, en cuya malicia se nutre la socarronería de los ticos. Mario Sancho presentía que todo costarricense lleva un cartago en lo más íntimo de su corazón y de su billetera. Su coterráneo Abelardo Bonilla, que tuvo el espíritu más opuesto al suyo, afirmaba que Mario Sancho siguió viviendo en el Cartago de antes del terremoto de 1910. En las tardes tras de luz y nostalgia se sentaba a conversar con sus amigos en el parque de Cartago, frente a las ruinas de la Parroquia, y entablaba con ellos, más que el diálogo, el soliloquio colonial de su inteligencia siempre inconforme.

Mario Sancho perteneció a una de las más viejas familias costarricenses. Llevaba en las venas la sangre de las tradiciones de un país que carece de tradiciones, tal como se empeñan en demostrarlo las nuevas generaciones en su afán por destruir lo poquísimo que los atrepassados les legaron. Pero él sintió siempre el orgullo de su vieja familia que, a brincos y a saltos, gobernó la Colonia y la República hasta 1948, el año de su

muerte. No asistió, pues, a la gran evolución anárquica que vive actualmente el país y que es muy seguro que lo hubiera llevado a escribir, no páginas tan notables como las de "Costa Rica, Suiza Centroamericana", sino "Costa Rica Suecia Centroamericana". Se hubiera dado cuenta, con sus ojillos móviles de ratoncillo gozoso, de que la más brillante democracia latinoamericana ha llegado a tener más bancos que escuelas, es decir, más deudas que cultura.

Mario Sancho nació en Cartago en 1889 y murió, con una lógica histórica fomentada por él mismo, también en Cartago en 1948. Vivió, pues, en los años más interesantes de "la belle époque" y en el cataclismo en que esta época de encajes y escepticismos, ecléctica y descreída, época de la reina Victoria y del general Boulanger, desapareció, sin que sus héroes de opereta se dieran cuenta de su fin trágico. Leyó muy atentamente a los franceses de su tiempo, Renan, Taine, Cou sin, Guyau. También a los norteamericanos de Boston, Emerson, Thoreau y a los estetas de Oxford, Ruskin y Wilde. Su prosa, de solidez clásica, se nutrió en los autores conceptistas españoles. Tiene la acidez seca de Eracián y el universalismo monteniano del Padre Feijó. Era un espíritu latino, muy mediterráneo que, sin embargo, tuvo el cuidado de no ofrecerle lechuzas a Pallas Athenea, tal como aconsejaba Renan en su oración al Acrópolis. Su escepticismo le venía más bien de las depresiones dolorosas de su vida que de sus lecturas numerosas, de sus excursiones a todas las fuentes del pensamiento contemporáneo. Coqueteó con las doctrinas que inquietaron su inteligencia inquisitiva de gran dietante. Sus límites de la curiosidad lo llevaron hasta el marxismo, pero al marxismo dialéctico y humanista. Olvidó, porque no era hombre de acción, que el marxismo sin la praxis no es más que una masturbación política.

Fue profesor de castellano y literatura en el colegio San Luis Gonzaga después de haber enseñado en universidades norteamericanas. Meditó inútilmente en las posibilidades del genio nacional y su espíritu devino cada día más solitario de lo que era por temperamento y educación. Viajó por todo el mundo occidental, viviendo las vicisitudes de la cansada civilización europea en todas sus dimensiones universales. Ni aun en los Estados Unidos sintió el mensaje de los nuevos hombres. En su falta de optimismo ante la inutilidad de la cultura, hace pensar en Paul Valery. Tanto Mario Sancho como el pensador francés eran inteligencias puras que veían más allá de su tiempo. Mario Sancho se distingue de Paul Valery en que el poeta francés sentía un desprecio visceral contra la política y los políticos. Mario Sancho se sentía atraído por esta disciplina, aun cuando fuera con un fuerte espíritu crítico. Nunca participó, sin embargo, en la política activa del país. Estaba más que convencido que los políticos costarricenses tampoco hacen política sino elecciones. Pensó en político y actuó en antipolítico, lo cual constituye una paradoja en estos matorrales tropicales tan espectacularmente frondosos y frívolos.

Poco queda de la obra literaria de Mario Sancho. Pero todo lo que escribió es fundamental para modelar el pensamiento del país. Pensó en su tiempo sobre los problemas urgentes de la República que eran tan actuales: entonces como lo son ahora. Todo lo pensó con un espíritu universal. Este universalismo es el culpable de lo poco que ha podido penetrar su pensamiento irónico, sólido, ágil, en el alma del costarricense. Este es el momento, en la presente crisis de valores nacionales, de recoger este pensamiento, de comentarlo, de estudiarlo y extraerle su sustancia humana. Hace falta el pensamiento de Mario Sancho, como el de García Monge, para orientar a la nación antes de que desaparezca como consecuencia de una transformación violenta como ambos lo previeron en sus páginas, mientras les huéspedes militares avanzaban de las montañas del sur hacia la herrumbrosa ciudad de Cartago, con un mensaje que a estas horas nadie ha sabido concretar, melodizar, darle su verdadera textura costarricense. Mario Sancho, el escéptico convencido del drama político nacional, moría en esos instantes en su lecho de burgués y dejaba huérfana a una democracia que tuvo miedo, en el preciso trance de su transformación, de cchar por la borda las tradiciones y los vicios que proclamaba combatir. A los hombres de ese entonces les hizo falta leer y meditar las páginas de aquel descreído que, como todos los descreídos, puso siempre el dedo exacto en la llaga exacta.